

2021

A orillas del Hudson: Rulfo en Nueva York

Norma Klahn

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Klahn, Norma (April 2021) "A orillas del Hudson: Rulfo en Nueva York," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 26.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/26>

This Crónicas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

A ORILLAS DEL HUDSON: RULFO EN NUEVA YORK

Norma Klahn

University of California, Santa Cruz, USA
UCMexicanistas

...pues según un conocido mío, en México
nunca muere nadie, o más bien, nunca
dejamos que mueran los muertos...

Juan Rulfo

Somos nuestra memoria...

Jorge Luis Borges

Desde 1959 hasta el 2011, Barnard College, gozó del patrocinio y apoyo del Fondo Internacional Virginia C. Gildersleeve¹ cuya generosidad hizo posible una residencia anual en la que se invitaba a reconocidos escritores y escritoras a pasar una semana a Orillas del Hudson.² Se les requería ofrecer una conferencia magistral abierta, no solamente al público académico sino también a aquellos de la Ciudad de Nueva York interesados en esta emergente literatura latinoamericana, y que asistieran a varios encuentros de intercambio literario con la comunidad estudiantil. A la vez, se organizaba un simposio de especialistas sobre el autor y su obra. Como todo fondo externo, esos recursos eran competitivos, y no fue hasta el año académico de 1979 al 1980, cuando el Departamento de Español de Barnard College logró, por vez primera, recibir ese premio para invitar al primero de los escritores del mundo hispánico. Para ese entonces, fue un reconocimiento de la importancia de lo que se celebraba—o criticaba—en ese momento, como “el boom” de la literatura latinoamericana, en especial, su alcance internacional, dadas las múltiples

traducciones de las obras. Para nosotros, los latinoamericanistas, e hispanistas nos parecía algo tardío ese reconocimiento, que le daba visibilidad a una literatura de larga y prestigiosa tradición desde la jarchas medievales. El primero en ser beneficiado por los fondos del “*Visiting Gildersleeve Lecturer*,” y muy mercedamente, fue Carlos Fuentes. Ya de fama internacional y además muy reconocido en Nueva York por su labor, no solo de escritor exitoso, sino como promotor de la emergente literatura de su generación, como nos lo recuerda José Donoso en *La Historia del Boom* (1983). Donoso afirma acertadamente que fue Fuentes el primero en tener un agente literario, en establecer los vínculos necesarios con editoriales en Nueva York, e impulsar las traducciones al inglés de muchos latinoamericanos, y “generosamente”, agradece Donoso, las suyas (65, 60-61). La comunidad latinoamericana académica y literata de Nueva York, recibió con regocijo y orgullo la noticia de la llegada de Carlos Fuentes. Su semana en Nueva York fue un gran éxito. Llegó al auditorio, elegante, como era su costumbre, en su traje de lino blanco para ofrecer su conferencia magistral titulada “An Introduction to Spanish American Literature”, en un inglés envidiable tanto para los hispano- como para los anglo-hablantes presentes. Acompañado de Silvia Lemus y sus dos niños conquistaron la ciudad.

En el Congreso en homenaje a su obra que tuvo lugar esa misma semana, destacados críticos la analizaron debidamente. Concedió entrevistas por la radio y la televisión y asistió a todas las invitaciones habidas y por haber, diríamos—“He was wined and dined around the city”. El triunfo de Carlos Fuentes abrió las puertas, sin duda, a todos los becarios que llegaron posteriormente. La década de los ochenta fue una gloriosa para Nueva York pues le siguieron: Julio Cortázar en 1979-80; Juan Rulfo en 1981-82; Mario Vargas Llosa en 1983-84; Manuel Puig en 1986-87; Isabel Allende en 1987-88; Elena Poniatowska en 1994-95.³ Yo tuve la suerte de ejercer la cátedra de Assistant Professor en Columbia University, así mismo situada a Orillas del Hudson y adjunta a Barnard College que, desde 1889, habían gozado de una relación mutuamente beneficiosa de colaboración, que aún sigue en pie.

En Abril de 1980 llegó Julio Cortázar acompañado de su pareja Carol Dunlap. Recordarán que un tiempo después ellos co-editarán *Los Autonautas de la cosmopista: o Un viaje atemporal Paris-Marsella* (1983). Su conferencia titulada “La literatura latinoamericana a la luz de la historia contemporánea”, abarcó, al igual que la de Fuentes, un amplio mosaico ahora concentrado en Sud América. Enfatizó la responsabilidad de los escritores latinoamericanos, muchos exiliados de las dictaduras de esa época, y de cuyos libros, circulando en ese momento dijo que eran algo más que una serie de productos culturales y estéticos, un despertar a una realidad largo tiempo falseada, añadiendo: “...la literatura no es todavía uno de los placeres del descanso y del sillón junto a la ventana” (19-20). En el Simposio quince panelistas presentaron variadas perspectivas

sobre el paradigma Cortázar / Argentina / Francia.

A algunos de los académicos nos parecía que faltaba el reconocimiento a aquellos autores del “pre-boom”, cuya influencia sobre la generación de Fuentes, y Cortázar era indisputable, me refiero a aquellos escritores de las primeras generaciones vanguardistas que, abandonando el realismo literario de la época, hicieron posible las nuevas direcciones que tomaría la novela en América Latina. ¿Quién más podría ser sino Juan Rulfo? Lo pensaba así, porque Borges, otro representante fundacional, ya había estado en Nueva York en abril de 1980, invitado por la Universidad de Columbia. Para esa época, los textos de Rulfo ya se habían traducido a todas las principales lenguas extranjeras. Se le reconocía, como se ha repetido por muchos, un “clásico en vida”. Finalmente a Rulfo, igualmente, se le identificó como a uno de los grandes escritores latinoamericanos al recibir también el “Visiting Gildersleeve Lecturer”, cuya presencia disfrutamos del 29 de marzo al 2 de abril de 1982.

Para mi, fue la oportunidad de conocer por primera vez, en efecto, al gran Rulfo. Por cosas de raras coincidencias, y sorprendentemente, me tocó compartir con él gran parte de esa semana que pasó en Nueva York. Constaté lo que se repite, y que él mismo aseguraba, y que otros cuestionaban: el ser tímido ante la demasiada gente, y platicador y locuaz en grupos pequeños, o en aquellos en los que se sentía a gusto, a veces con cierto recelo al principio. Aquella vez, se negó categóricamente a las entrevistas radiales y a las cámaras televisivas que antes habían disfrutado Fuentes y Cortázar. Como había afirmado en varias ocasiones —no le interesaba la publicidad. Rulfo, aseguraron sus anfitriones, Mirella Servodidio y Marcelo Coddou “por prudente”, tampoco quiso participar en las sesiones de trabajo crítico sobre sus obras, dejando abierta la posibilidad de que pudiéramos “conversar” con él, de un modo más cordial que formal (x). Entre esas reticencias de Rulfo, y siendo una de las pocas “mexicanistas” en Nueva York para esa época (la otra, mi colega Helene Anderson en NYU, y a una distancia en Yale, Juan Bruce-Novoa), se hicieron posibles mis varios encuentros con Rulfo antes y después de su conferencia magistral. Recuerdo que en casa de Marcelo Coddou, profesor y crítico chileno, éramos tres, acaso cuatro, Rulfo nos impartió una conferencia extensa y animada en la que incluyó una reflexiva e irónica crítica de “la Onda”. Sabemos que no era de su agrado lo había observado recientemente: “fue una moda...Se habían olvidado de los problemas sociales, decían que hacían literatura urbana pero ¿de qué ciudad? La de México es muchas ciudades”(Ponce 54). Caminando por Broadway en el Upper West Side y algo angustiado, con ese sentido de responsabilidad familiar que siempre sintió y que comentaba con frecuencia, me contaba que Clara, su esposa, le había hecho unos encargos de unos electrodomésticos y todavía no había cumplido esa tarea. Sin embargo, ello no previno que dialogáramos durante esa caminata sobre las versiones fílmicas de sus obras. Recuerdo la astuta

crítica a la adaptación cinematográfica de *Pedro Páramo* que circulaba, y su humor burlón e irónico, acaso sarcástico, que muchos han convalidado, cuando en relación a ésta, y en el tono burlón del habla jalisciense, me dijo espontáneamente, “habría que ir a verla, pues me dicen que salen un montón de viejas encueradas”. Riéndonos, nos despedimos, pues habíamos llegado a su residencia de escritor visitante.

Decía Rulfo mismo, y a menudo, que era de chispa retardada y en una ocasión dijo que si le hacían una pregunta necesitaría de cuatro a cinco días para contestarla. (Fiorillo 20). Lo recordé cuando inició uno de los diálogos con estudiantes advirtiéndoles, “las preguntas que me hagan las contestaré dentro de media hora”. Supe que era más bien modestia afectada. A la preocupación de una estudiante que con buenas intenciones le preguntaba, después de oír su crítica a políticas irresueltas sobre la desigualdad socio-económica, todavía prevalente en México — “¿Qué podría hacer Estados Unidos para ayudar a México? Queremos hacer algo”. Muy informado sobre las relaciones Estados-Unidos-México, y “zorro sabio”, como bien lo identificó Augusto Monterroso, y sin titubeo alguno respondió al instante — “por favor señorita y amable público, no hagan nada, les agradeceríamos mucho, los mexicanos, que no hicieran *nada*. Ya han hecho bastante”.

En una reunión *impromptu* en mi apartamento, recuerdo que llegó Rulfo tranquilo y despreocupado, feliz de descubrir que la sala tenía vista al Hudson. Ante la ocasión, yo había invitado a unos amigos y colegas cercanos. Dudo que fuéramos más de seis. Muy a gusto, Rulfo se sentó en un rincón de la sala con su coca cola y fumando un cigarrillo. Nadie lo molestó o importunó con preguntas. Había guitarra en casa y entre el grupo diverso de latinoamericanos que éramos, se cantó el repertorio conocido del folklore: “Sapo cancionero,” “La flor de la canela,” “La llorona.” —¿Qué le gustaría escuchar? le preguntamos. Pues mi favorita, nos dijo, es “Hermosa Flor de Pitaya”. Nadie la sabía. —¿Podría cantarla? Rulfo movió la cabeza de lado a lado, pero nos recitó la primera estrofa:

Hermosa Flor de Pitaya
 blanca flor de garambullo
 a mi me cabe el orgullo
 que onde yo rayo ¿quién raya?
 Aunque veas que yo me vaya
 mi corazón es muy tuyo

El encuentro de despedida al terminar el simposio, fue una cena en el Restaurante Aesops Table en Broadway y la 108, de Rigas Kappatos, el célebre traductor de los poetas latinoamericanos al griego. Estaban los colegas del simposio, especialistas en su obra. Feliz y generosamente siguió firmando libros como lo había hecho desde su llegada.

Fue el lugar ideal para Rulfo, pues en esa misma década de los 80s

uno encontraba allí con frecuencia a escritores, poetas y críticos, entre ellos, a Nicanor Parra, German Belli, Enrique Lihn, Pedro Lastra, José Emilio Pacheco, Cecilia Vicuña, Carlos Montemayor, Carlos Monsiváis, Julio Ortega, Jean Franco—fue destinatario y refugio literario de todos cuantos andaban por Nueva York.

A lo largo de su visita, nadie, que yo sepa, le hizo preguntas sobre su conferencia magistral, a la que ahora vuelvo. Las altas expectativas dado su extenso conocimiento de la literatura mundial brillantemente expuesto en su ensayo “Situación actual de la novela contemporánea” y publicada en la Revista de la UNAM en 1979, se vieron algo frustradas, porque no fue ése su tema. Su conferencia, “Notas sobre la literatura indígena en México” (INTI 81), desorientó a la gran mayoría del numeroso público, algunos quizás todavía recordando el cosmopolitismo de Fuentes y Cortázar. En su discurso Rulfo se refirió a ambas, las literaturas precolombinas de las varias poblaciones indígenas mismas, visión desde adentro, diríamos, como también a la literatura indigenista, que no indígena, visión desde afuera, desde arriba, o sea, de criollos o mestizos (diría Mariátegui) de la época pos-revolucionaria de los años 40s.

A mí, como mexicanista, sin embargo, me interesó sobremanera, pues recientemente se había publicado mi primer artículo “Juan Pérez Jolote: Antropología o Ficción” en el que había vuelto a repasar las novelas y testimonios antropológicos, a veces textos híbridos, del llamado Ciclo de Chiapas. Me pregunté en ese momento, ¿Por qué cuando esa literatura regional tradicional de tema indígena parecería estar en bancarrota *vis-à-vis* el éxito de la novela urbana, el cosmopolitismo, e internacionalismo de los ya cuatro jinetes del boom, insistió Rulfo en comentar su importancia y vigencia?

Su presentación “Notas sobre la literatura indígena en México”, en español y con traducción simultánea, fue breve, más breve que las conferencias previas. Inició su charla volviendo a la época de la conquista y la colonia, situándose en ese momento, como lo había hecho desde que empezó a darle vuelo a su vocación literaria, en una concepción estética que se opondría al realismo tradicional, y en una visión ética que seguiría las pautas de los defensores iniciales de las poblaciones autóctonas del Nuevo Mundo, como Bartolomé de la Casas, y Francisco de Vitoria, de quien dijo “es el fundador, como lo ha declarado James Brown Scott, del Derecho Internacional Moderno”.⁴ Afirmó que “La época de Vitoria es pues aquella en la que obtiene plena conciencia y realidad normativa su visión del mundo como una comunidad universal de los pueblos” (2-3). ¿Y por qué menciono esto? —le preguntó Rulfo al repleto auditorio: “La cuestión es clara —dijo— pues aun subsisten esas culturas prehispánicas. El hecho es que, a no ser los antropólogos, pocos o casi nadie se ocupan de estudiar su literatura” (3) Aunque el público era diverso se dirigía, me pareció, a los presentes y futuros especialistas e investigadores a quienes buscaba provocar e interesar en el estudio de

estas culturas y su producción, códices, crónicas, poesía documentos, y materiales pre-colombinos, gran parte, —decía— todavía (a causa de tanto saqueo) por encontrar, no sólo en los archivos de México, Sevilla, Madrid, sino también en las Bibliotecas de Europa y Estados Unidos, además de algunas particulares. No se trataba, nos aseguró “de lamentar lo perdido, sino de buscar lo que todavía se conserva”. (3)

Entonces, casi como un “*non sequitur*” la segunda parte de su charla la dedicó a la literatura indigenista de la época pos-revolucionaria, mayormente de los años 1940s, alegando que ya nadie se interesaba por temas sobre los pueblos indígenas con la excepción de la obra de Rosario Castellanos y Eraclio Zepeda, de una generación posterior. Insistió en diferenciar textos de carácter antropológico de aquellos que precisó como “ficción literaria” sobre temas indígenas. Basada en esa división, y en breve rescató, a Andrés Henestrosa, oaxaqueño y zapoteco (el único indígena del grupo) y sus leyendas y fábula en *Los hombres que dispersó la danza* (1929), traducido al inglés ese mismo año; a Mauricio Magdaleno de *El Resplandor* (1937) por su representación de los otomíes, a Francisco Rojas Gonzales, de *El diosero* (1952), a Miguel Angel Menéndez, *Nayar* (1944) sobre los coras y *El callado dolor de los tzotsiles* (1949) de Rubén Rubín.

Los criterios estéticos de Rulfo rescataban aquellas obras que adquirirían valor literario a partir de una elaboración poética, aquellas que no pretendían “adentrarse” en la mentalidad indígena, que Rulfo percibía casi como una tangible imposibilidad, sino las que buscaban captar sus sentimientos humanos haciendo la crítica a sus condiciones socio-económicas culturales desde una imaginativa poeticidad (Klahn 1992). Recordemos que la estética rulfiana privilegia la imaginación: “No escribo sobre la realidad que observo, insistía, no soy documentalista, ni reportero ni etnógrafo” (Nepomuceno 1).

En comparación a las obras recuperadas, descalificó despiadadamente la novela *El indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes, que había ganado el Premio Nacional de Literatura ese mismo año y, subsecuentemente traducido al inglés en 1937. No obstante el premio, o por eso mismo, dice Rulfo, “*El indio* carece de veracidad. López y Fuentes “fracasó indudablemente frente al indio: un ser extraño para su mente cultivada, ajeno por completo a la imaginación de este novelista”. (6) Decía Rulfo que una novela era una realidad en sí, pero que si se falseaban los hechos se notaba lo artificioso de una situación (Los murmullos 92).

Ninguna de estas novelas aludidas por Rulfo resonaban con la mayoría del público. Hoy difícilmente podríamos recomendar la mayoría de estas novelas, sino para historizarlas y analizarlas como un género que, al estar vinculado al proyecto asimilacionista del estado, no logran, según mi análisis, salirse del distanciamiento colonizador de la “Otriedad” (Klahn 2011-2012).

Desde entonces me quedé dándole vueltas al asunto tratando de entender el contexto que lo llevó a decidir por un tema que parecía

anacrónico en ese momento pero que, sin embargo, a la distancia de hoy, y reconstruyendo el contexto de la época, me resulta de una actualidad sorprendente. Cómo atestiguan colegas, o el mismo Rulfo, en las numerosas entrevistas que tuvo (alguien contó como 80) se mostró, desde muy temprano, crítico de las políticas estatales, llamémoslas modernizadoras o integracionistas. Constató el desarraigo del campesinado de sus tierras, y la incursión / invasión de sus territorialidades indígenas, ambos grupos, marginalizados en el territorio nacional. El desarraigo fue uno de sus temas fundamentales, lo volvió a demostrar en su conferencia: “Desde la conquista, fueron desplazados de las zonas fértiles, despojados, arrojados de las montañas y a las regiones áridas o desérticas” (3). A través de su labor crítica, tampoco quiso ejercer la autoridad *autoral* —ser la voz de los sin voz. En sus cuentos y novelas deja hablar al campesino con voz propia, en su obra fotográfica dio visibilidad a una amplia geografía de comunidades indígenas, irrefutable prueba de su presencia, diría Roland Barthes, para aquella época.

Para ese año de 1982, investigué y entendí que Rulfo, como editor del INI (Instituto Nacional Indigenista)⁵ de libros y revistas sobre los pueblos indígenas de México, estaba al corriente de las críticas a la antropología moderna, al servicio del estado asimilacionista, promulgada por Manuel Gamio (Klahn 2011-12). Era natural que debido a su labor estuviera al tanto de las Reuniones de Barbados de 1971 y 1977, donde los emergentes líderes indígenas con antropólogos comprometidos y activistas, proponían una antropología crítica que abogaba por la descolonización de los saberes (Grünberg 1972). Estaba consciente de la lucha dentro del INI, donde repercutieron estas discusiones entre los antropólogos que planteaban el camino de la etnogénesis indígena, tales como Arturo Warman, Guillermo Bonfil Batalla, Margarita Nolasco y aquellos que seguían adhiriéndose a las políticas de integración / asimilación que el INI había implementado desde su fundación, como Gonzalo Aguirre Beltrán y Fernando Benítez, a éstos los menciono sin restar importancia a su obra.⁶

Anticipando el Quincentenario, tempranamente en 1984, dice Rulfo: “Hoy sabemos que el mestizaje fue una estrategia para llenar el vacío de poder dejado por los españoles. Las culturas indígenas hoy “aún sufren la derrota de 1521”. Prosigue: “El término “descubrimiento” ya ha sido impugnado por eurocentrista y cita a un indígena que en el 12 de octubre de ese año había roto un largo silencio cuando declaró: “Para nosotros no es un día de fiesta sino de dolor, porque se inició en esa fecha la destrucción de nuestra cultura y el sojuzgamiento de nuestros pueblos.” (Rulfo 1986 74)

Juan Rulfo muere en 1986, al filo de los eventos por venir, la insurgencia Zapatista de 1994, y la emergencia de una literatura crítica y enriquecedora narrada por autores indígenas en textos bilingües (Klahn 2011-12). No soy romántica. La lucha por la desigualdad y descolonización no termina, y sus palabras de 1982, hoy que los Derechos Humanos adquieren importancia

mundial, siguen vigentes, pero entiendo ahora que fueron la base del pensar de una nación heterogénea, plurilingüe y pluricultural que Rulfo adelantó como posibilidad en una conversación con Fernando Benítez en 1979: “No soy un profeta pero creo que nuestro país seguirá siendo por muchos años un país de muchas lenguas, de muchas culturas diferentes, de costumbres y mitos maravillosos. En los indios hay algo distinto, algo nuevo y muy viejo que no hemos logrado valorar ni aprovechar debidamente”. Su discurso, creo yo, para esa época, buscaba su propio anclaje en el fundacional pensamiento descolonizador que es hoy una contribución epistémica ineludible. Siempre en vías de hacer justicia, afirmó con contundente autoridad en su discurso en ese año de 1982, a orillas del Hudson, que las doctrinas de Vitoria: “tendrían que desgajarse de su contexto histórico antiguo y situarse en la corriente de vida de la humanidad actual, no tomándolas por su valoración teológica, sino por su valor jurídico internacional.” (3)

NOTAS

1 Virginia Crocheron Gildersleeve (1877-1965) fue una académica estadounidense, co-fundadora de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias, Decana de Barnard College, y la única delegada mujer estadounidense a la Primera Conferencia que convocó a la organización internacional que creó las Naciones Unidas en abril de 1945, y que tomó lugar en San Francisco, California. El Gildersleeve Lecturer es un premio auspiciado por Barnard College desde 1957.

2 El título “A Orillas del Hudson” es un homenaje recordando el libro de Martín Luis Guzmán que con ese mismo título escribió una serie de artículos en Nueva York entre 1916-1918. Ver Guzmán.

3 Para una crónica de esos años véase: Flora Schiminovich, “Remembrance of Things Past”, *Columbia Spectator, U of Columbia, NY, October 4, 2012*.

4 James Brown Scott (1866-1943) reconocido experto en derecho internacional. Graduado de Harvard en 1890, doctorado en jurisprudencia de Heidelberg (1894), y fundador de la Escuela de Leyes en Los Angeles, hoy parte de USC.

5 Hoy Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) desde el 2003, a partir de los movimientos indígenas del Quincentenario.

6 Agradezco la conversación que sobre este tema sostuve con el reconocido antropólogo Stefano Varese, firmante de la Declaración de Barbados, y de larga residencia en Oaxaca, México. (Otoño, 2017).

OBRAS CITADAS

Barthes, Roland. *Camera Lúcida: Reflections on Photography* [1980]. Translated by Richard Howard. New York: Farrar, Strauss and Giroux, 1981.

Cortázar, Julio. "La literatura latinoamericana a la luz de la historia contemporánea". *Inti, Revista de Literatura Hispánica*, Vol. X-XI, Otoño 1979-Primavera 1980:11-20.

Donoso, José. *La historia del "Boom"*. Barcelona: Anagrama, 1972.

Dunlap, Carol y Julio Cortazar. *Los aeronautas de la cosmopista: o Un viaje atemporal París-Marsella*. Barcelona, Muchnik, 1983.

Fiorillo, Heriberto. "Los muertos en libertad: Entrevista con Juan Rulfo". *La Jornada Semanal*, 28 de enero, 1996: 20.

Grünberg, Georg, coord. *La situación del indígena en América del Sur*. Montevideo: Tierra Nueva. 1972.

Guzmán, Martín Luis. *La querrela de México, A orillas del Hudson, Otras páginas*. [1958]México: Compañía General de Ediciones. 1970.

Klahn, Norma. "El indigenismo desde la indigeneidad". *Nuevo Texto Crítico*, XXIV-XXV, 47-48, 2011-2012:165-186.

_____. "Juan Pérez Jolote: ¿Antropología o Ficción?". *Texto Crítico*, 13, 1989: 236-141.

_____. "La ficción de Juan Rulfo: Nuevas formas del decir", en Claude Fell, coord. *Juan Rulfo, Toda la obra*. España: Colección Archivos, 1992. pp. 419-428.

Servodidio, Mirella y Marcelo Coddou, eds. "Presentación". *INTI, Revista de la Literatura Hispánica*, 13-14, 1983: X.

Nepomuceno, Eric. "Entrevista con Juan Rulfo". *Suplemento Literario, Sábado, Uno más Uno*, 17 de junio, 1982: 1.

Ponce, Armando. "Juan Rulfo: Mi generación no me comprendió". Entrevista en *Rulfo en llamas* [1981]. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Proceso, 1988: 53-65.

Rulfo, Juan. "Notas sobre la literatura indígena en México" *INTI, Revista de la Literatura Hispánica*, 13-14, 1983: 2-8.

_____. "México y los mexicanos", *Revista México Indígena*. México: INI, 1986: 74.

_____. "Los mexicanos indígenas: Diálogo entre Juan Rulfo y Fernando Benítez en *Rulfo en llamas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara y Proceso, 1988.